

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

ADVERTENCIA.

Habrán notado los Señores Párrocos la sencillez y brevedad de las composiciones oratorias que publicamos en el BOLETIN DOMINICAL de este año. Hemos adoptado esta forma breve y sencilla en justa deferencia á las indicaciones de muchos señores que nos han escrito, y con la mira de ofrecerles algun alivio en las penosas tareas de la predicacion cristiana.

SERMON

PARA LA DOMINICA INFRAOCTAVA

DR LA
NATIVIDAD DE N. S. JESUCRISTO.

Ecce positus est hic
in ruinam et resurrectionem
multorum in Israel, et in signum
cui contradicetur.

Luc. II, 34.

He aquí que este es
puesto para caída, y para
levantamiento de muchos en Israel, y para
señal á la que se hará
contradiccion.

desde el nacimiento del hijo de Dios, cantado por los ángeles y adorado por los pastores, y la sagrada familia se dirigió al templo de Jerusalem para cumplir la ley de Moisés. Y su padre y madre, dice el presente Evangelio, estaban maravillados de aquellas cosas que se decían del divino Niño; pues aunque S. José y la Santísima Virgen conocían por divina revelacion la sustancia de los misterios de Jesucristo al ver cómo se cumplían los designios de Dios, y al oír las profecías de Simeon acerca de los destinos del divino infante, no podían menos de surgir en sus corazones vivos sentimientos de admiracion y reconocimiento hácia Dios. Y los bendijo Simeon, y dijo á Maria: Hé aquí que este niño ha sido puesto para ruina y resurreccion del mundo y para señal de contradiccion.

La profecia de Simeon cuenta ya diez y nueve siglos, y no hay cosa más pública, mas notoria, mas evidente que el cumplimien-

Ocho dias habian trascurrido
Tomo II.

to de esa célebre profecía. Percen los perseguidores de Cristo y de su Iglesia, se pierden los pueblos y se arruinan las naciones que desoyen á Jesucristo, ó rechazan sus santas leyes, su moral purísima y su paternal soberanía. Esta es una verdad que resplandece en todas las páginas de la historia, así como lo es que se salvan los pueblos y resucitan las naciones cuando siguen al Salvador y se gobiernan por la ley inmaculada del Evangelio. Eso ha sido, eso es y eso será hasta la consumacion de los siglos, y mas allá de la eternidad. *Dominus regnabit in æternum et ultra.* Jesucristo será siempre ruina y resurreccion: ruina para los malos, y resurreccion para los buenos. Tal es el asunto que voy á exponer en términos tan breves como sencillos.

Conviene escuchar con piadoso recogimiento las palabras proféticas del anciano Simeon. Aun tenia sobre sus rodillas al que tiene la luz por vestidura, por peana las nubes y por trono cabezas de serafines cuando volviéndose á Maria, madre del divino infante, le dice: He aquí que este Niño ha sido puesto para ruina y resurreccion de muchos, y para señal de contradiccion. Desde luego se comprende que Jesucristo no es causa eficiente de la ruina de nadie; al contrario él es la causa meritoria de la salvacion de todos los que se salvan. Para librarnos de la ruina se hizo hombre; para librarnos de todo mal y colmar-

nos de todo bien, padeció el opróbio, la calumnia y el tormento y apuró hasta las heces el cáliz del dolor, en su passion y muerte. Es puesto, dice el Evangelio, para ruina de muchos; y con este modo de hablar nos advierte que muchos se perderian por no recibir las doctrinas de Jesucristo ni cumplir sus santisimas leyes. Cada uno es artífice de su propia ruina, *Perditio tua ex te, Israel.* El hombre no ha menester para perderse auxilio ageno. Bástale su propia voluntad. Se pierde porque no oye á Jesucristo que es la verdad, porque no sigue á Jesucristo que es el camino, porque no ama á Jesucristo que es la vida. Se pierde porque no tiene verdadera fé ni verdadera esperanza, ni verdadera caridad. Se pierde porque ama las tinieblas mas que la luz, el error mas que la verdad, los goces malditos del pecado mas que las dulzuras inefables de la virtud. Se pierde porque abandona insensato los caminos de la misericordia que conducen al cielo, lugar de la verdadera dicha y va á dar en los caminos de la justicia que le precipitan en el infierno, horrible mansion de todas las desdichas. *Perditio tua ex te, Israel.* De tal manera amó Dios al mundo que nos dió su propio Hijo; y como Jesús es la vida, viven y se salvan los que creen en El y le siguen, pero se arruinan y mueren y se condenan por su propio juicio los que no tienen fé ó viven como si no

creyesen. Vino Jesús á los suyos, y fué su ruina porque no le recibieron con fé humilde y corazón agradecido, antes bien rechazaron su doctrina, ultrajaron su humildad, escarnecieron su mansedumbre, y le hicieron apurar hasta las heces el cáliz del tormento en el Calvario despues de haberle hecho apurar el cáliz de la infamia en el Pretorio. Pero los que entonces creyeron en Jesús, los que creyeron despues, y los que crean con fé viva en el curso de los siglos, resucitarán por la virtud de la fé á la vida de Dios, y tendrán parte en sus bienes como hijos suyos, y herederos por este título, de las riquezas de su reino. *Ecce positus est hic...* Jesucristo es puesto para ruina de los que no quieren la salvacion, y para vida de los que no quieren la muerte y aborrecen los caminos de perdicion. Levantado en lo alto de la Cruz se ofrece a las miradas del hombre como signo de esperanza, de vida y resurreccion. *Ecce positus est in signum.* Los que miren con fé ese signo de salud, y luchen con valor á la sombra de la Cruz de Cristo, si son ciegos verán la luz, si están enfermos, sanarán, si están muertos, volverán á la vida, y serán contados en el número de los escogidos. No os glorieis de vuestra salud, de vuestra fuerza, de vuestra hermosura, de vuestras riquezas, porque todas estas cosas perecen, y como dice el sábio no son mas que vanidad de vanidades y afliccion de espíritu. Poned vuestra esperanza y

cifrad vuestra gloria en la Cruz de Jesucristo, signo de humildad y de obediencia, estandarte de la justicia, de la pureza y de la caridad, fuente de salud, de vida y resurreccion. *In quo est salus, vita et resurrectio nostra.*

Oidlo bien, hermanos míos, para que lo mediteis de corazón: Jesucristo no puede ser desterrado ni vencido. Suyo es el imperio de los pueblos y de las almas. Sois dueños de someteros á su ley, ó de rechazarla, de alabar su nombre ó de blasfemarle, de amarle ó de aborrecerle, pero sabed que no podeis escapar de sus manos. El ha de reinar sobre vosotros. Si no quereis que reine como Salvador reinará como Juez, si rechazais esas manos misericordiosas, extendidas en la Cruz, vendreis á caer en las manos justicieras del Dios vivo *que se lavan en la sangre de los pecadores.* La profecía de Simeon ha de cumplirse como se cumple siempre la palabra de Dios. Su bondad es infinita. Todos sus caminos, todos sus pensamientos y todas sus obras son verdad, amor y misericordia para nosotros. Dios no quiere nuestra ruina. Nosotros somos los autores de nuestra desgracia; nosotros convertimos la luz en tinieblas, la medicina en veneno, la vida en muerte, los medios de salvacion y los títulos de gloria, en elementos de ruina espiritual y de perdicion eterna. Jesucristo es puesto para ruina del aváro que vende su conciencia y entrega su alma al demonio de la

codicia por una vil ganancia; Jesucristo será la ruina del impúdico, del lascivo y de cuantos se entregan á la inmundicia de la carne porque ofenden al Dios de la pureza, y profanan sus cuerpos que son templos vivos del Espíritu Santo, y afean horriblemente sus almas que han sido hechas por el Padre á su imagen y semejanza y rescataadas por el Hijo al precio de su sangre; Jesucristo será la ruina de los blasfemos, de los impíos, de los calumniadores, de los que violan sus leyes, y profanan sus fiestas, de los que beben como el agua la iniquidad, y celebran sus pecados y hacen alarde de cosas pésimas. *Lætantur cum malefecerint, et exultant in rebus pessimis.*

Pensad vosotros de corazón y obrad de manera que merezcáis la gracia de la salud, de la vida y resurrección. Creed con fé humilde, sumisa y animosa en Jesucristo, y si estais enfermos, os dará la salud, si estais esclavizados por alguna pasión, os dará la libertad, si estais sujetos á tentaciones peligrosas y teneis que reñir penosos combates, os dará la victoria, si habeis tenido la desventura de morir en la lucha, y estais condenados á muerte eterna, os resucitará del sepulcro de vuestros pecados, y os devolverá el precioso derecho á los dones de su gracia y á las riquezas de su gloria. *Ecce positus est hic in resurrectionem.* Venid, pecadores, á recibir la vida en las fuentes del Salvador que son los

Sacramentos de la Confesión y Comunión. Confesando y comulgando una sola vez al año, os exponéis á perecer. Fuera de los caminos de Dios no busqueis vuestra dicha porque no hallaréis otra cosa que vuestra ruina temporal y eterna. Oración, Confesión, Comunión, hé aquí las fuentes de la salud y de la gracia que es prenda de la gloria eterna.

VARIETADES.

UNA BUENA ACCION.

Años atrás bajaba por la calle de Belleville en París un obrero que llevaba en la mano un paquete misteriosamente envuelto. Seguíale una niña de unos once años, y ambos al parecer estaban sobrado tristes, en especial la niña, que apenas podia contener sus lágrimas. Al fin prorrumpió en sollozos, y su padre le dijo:

—Mira; si lloras, volvámonos á casa.

—No, padre—dijo la niña—no lloraré; pensaré en mi madre.

Continuaron su camino, y el padre volvía de tiempo en tiempo la cabeza para mirar á la muchacha, que devoraba sus lágrimas.

Un sugeto de buen porte que notó la escena, siguió algun tiempo al obrero y á su hija. Estos se detuvieron frente una librería de lance, y entraron en ella. El librero desnudó el pañuelo que envolvía el precioso paquete compuesto de algunos volúmenes ri-

camente encuadernados. Bajo un pretexto cualquiera, el caballero entró también en la tienda. Todo lo comprendió con una mirada. El pobre hombre iba á vender todos aquellos hermosos libros, que la pobre niña había recibido en premio en la escuela despues de algunos años de aplicación, trabajo y asiduidad. La madre estaba enferma, y habían agotado todo recurso: de todo habían tenido que deshacerse, menos de los premios de la pobre niña, sagrado recuerdo que en el último extremo se habían resuelto á vender. El sacrificio era duro para la madre, no menos que para el padre y para la hija. El desconocido, que era un hombre de corazón, comprendiendo todo esto, pensó que podía hacer una buena acción. Compró la pequeña colección de premios, de los cuales no podía apartar sus ojos la muchacha, y despues de haberlos pagado en buen precio, tomó los libros, entrególos á la niña y le dijo abrazándola:

—Toma tus libros, muchacha, pues los has merecido dos veces. Continúa siendo buena y aplicada, y no olvides que la virtud nunca queda sin recompensa.

Y esto diciendo, el generoso caballero se alejó, huyendo de las demostraciones de gratitud del padre y de su querida niña.

(De *La Semana Católica*.)

Una vez mas ha probado el vecindario tudelano, la bondad de los religiosos sentimientos que le animan.

En la visita domiciliaria que en todas las casas de aquella ciudad practicaron el sábado de la semana anterior las señoras comisionadas para propagar la santificación de las fiestas, tuvieron ocasion de admirar la aceptación que ha encontrado la idea de cumplir el precepto de la ley de Dios y la conformidad que reinaba respecto á este punto, en la numerosa mayoría de las familias de Tudela.

Todos los domicilios, desde la pobre y hedionda choza del mendigo hasta la opulenta mansion del rico propietario; fueron visitados por las señoras pertenecientes á la mas distinguida clase de aquella sociedad, y escusamos decir el entusiasmo que causaria la presencia de las elegantes religiosas damas en el misero albergue de los pobres.

Al invitarles las comitentes á santificar el dia festivo, respondian haciendo laudables propósitos, y no fueron pocas las casas en donde las señoras dejaron como recuerdos de su visita, limosnas y abundantes y cariñosas frases de consuelo.

¡Que el Señor derrame sus bendiciones sobre las familias de las valerosas señoras que tan grandiosa obra llevaron á cabo.

Un donaire de un gran padre.

Se sabe que un sábio pensador, llamado Darwin ha dicho con toda desfachatez que el hombre descende del mono; lo cual no es muy lisongero para el hom-

bre. Para combatir este nebuloso sistema del naturalista inglés, hé aquí lo que imaginó un día el profesor Hangton de *Trinity College* en Dublin, hizo anunciar el profesor una conferencia; su reputación de sábio y de hombre de chispa era muy conocida, la sala de conferencias quedó completamente llena el día señalado. M. Hangton habló como sábio y fué escuchado; despues, señalando con el dedo un gran monocubierta de paja que hizo colocar en un sitio elevado, dijo al público: «Yo jamás reconozco á este viejo gentleman por un gran padre.» Esto promovió la risa universal; esta salidad produjo mas efecto que todo un volúmen de refutaciones.

—
Una buena respuesta de La Harpe.

Preguntando dos impíos al célebre La Harpe sobre su religion, respondió este notable escritor: «Yo soy cristiano porque vos no lo sois. Una religion que tiene por enemigos mortales, los mas mortales enemigos de toda moral, de toda virtud y de toda humanidad, está necesariamente llena de moralidad, de virtud y de humanidad: ella es pues la verdadera.»

—
 MIGUEL.

(Continuacion.)

Tenia Miguel, en medio de sus buenas cualidades, un grave defecto, que fué el principio de su perdición: era su carácter dominante y exagerado su amor propio. Acostumbrado á tratar tan

solo con inferiores, á quienes dominaba y de quienes era adulado, no podia avenirse á ser en la nueva sociedad que le abria sus puertas una figura de segundo orden, que tropezaba á cada paso con iguales, y muy á menudo con superiores. Habiale, por otra parte, la falta de roce con gentes de alta clase, enjendrado cierta timidez, cierta cortedad de génio, que le ponía á veces en circunstancias embarazosas cuando se hallaba en esta esfera, y que no tuvo fuerza de voluntad para vencer con el aprendizaje por que todos los jóvenes pasan, cuando comienzan á frecuentar el dedicado trato de señoras.

Uno de esos pequeños ridículos, que tan honda mella dejan en los caracteres impresionables, y que bastan á veces para torcer el rumbo de un joven, acabó de precipitarle. A poco de su llegada á Sevilla, fué á visitar por vez primera á cierta anciana duquesa á quien no conocía, algo parienta de su padre. Recibióle la señora con el agrado y la finura propia de las gentes del gran mundo: poco á poco vió Miguel que la sala se iba llenando de señoras y caballeros que acudían á felicitar á la duquesa por celebrarse en aquel día la fiesta de su santo; y luchando el pobre joven entre sus deseos de retirarse y el temor que le causaba despedirse solo ante aquella brillante concurrencia, dejaba pasar las horas y las horas. Llegó al fin la de comer, y la duquesa, sonriendo enton-

ces amablemente á su tímido pariente, le dijo:

—Por supuesto, Miguel, que Vd. comerá con nosotros.

Miguel se puso colorado como un tomate, y sin atreverse á aceptar ni á negarse tampoco, se inclinó en silencio, tomando con los demás convidados el camino del comedor.

Acabada la comida volvió á llenarse el salón de gente, como si se hubiese dado allí cita todo cuanto ilustre y elegante encerraba Sevilla. Desesperábase Miguel porque ninguna ocasión le parecía bastante oportuna para despedirse, no obstante los vivos deseos que de ello tenía, y fluctuando en estas dudas oyó sonar las once de la noche, y vió que dos criados entraban con el servicio del té dispuesto. La duquesa, mujer de mundo, que comprendía todos los apuros del pobre jóven, se acercó á él sonriendo bondadosamente, y le dijo:

—Vamos, Miguel, hágame usted el obsequio de tomar una taza de té.

Miguel hubiera deseado hundirse en el suelo por escotillon, como sucede á los personajes de las comedias de magia; pero en la imposibilidad de desaparecer de este modo bajo la alfombra, optó por aceptar la taza de té que le ofrecían.

Habla mientras tanto comenzado á diluviar: los tertulianos se retiraron poco á poco en sus coches, y no habiendo encontrado Miguel la ocasión oportuna de despedirse, que desde las tres de

la tarde andaba buscando, se encontró al fin solo, frente á frente de la duquesa, que á duras penas contenía la risa que el aire místico y avergonzado del pobre muchacho le causaba. Tartamudeó éste algunas excusas; pero la anciana, soltando al fin la risa, que no pudo contener por mas tiempo, le interrumpió diciendo:

—De ninguna manera permito que se vaya Vd. á estas horas, Miguel... Son mas de las doce y esta diluviando... Vd. no conoce bien á Sevilla: su casa está lejos, y yo no puedo proporcionarle ahora un coche... Con que preciso es que se resigne á pasar la noche en mi casa, sino quiere darme un grave disgusto.

Miguel estuvo á pique de echarse á llorar, ya que la tierra se negaba á tragárselo, y de que le era imposible tirarse por la ventana.

Pero la buena señora, con la autoridad que le daban sus canas, los diez y ocho años del mancebo; y el parentesco que con su padre tenía, se apoyó cariñosamente en su brazo, y le condujo ella misma á las habitaciones de su hijo único, que viajaba á la sazón por Italia. Miguel arrojó el sombrero por un lado y la levita por el otro, y se precipitó de cabeza en la cama en mangas de camisa, tirándose de los pelos, como un chico á quien castigan con una noche de encierro.

A la mañana siguiente entró un criado á anunciarle que la señora duquesa le esperaba para

oir Misa en el oratorio y para desayunar luego. El pobre Miguel oyó Misa con bastante poca devoción almorzó con ménos apetito, y lanzóse al fin, como alma que lleva el diablo, por la alfombrada escalera de aquella casa, en que había entrado para una visita de veinte minutos, y donde su cortedad de genio le había hecho permanecer cerca de veinticuatro horas. A la puerta le esperaba el último golpe: la buena duquesa había hecho enganchar su berlina, y el pobre Miguel no tuvo mas remedio que dejarse conducir en ella hasta la puerta de su casa,

Este incidente, que á otro cualquiera hubiese hecho reir despues de pasado, exasperó terriblemente el amor propio de Miguel: creyóse puesto en ridículo á los ojos de toda Sevilla, por ser tan comun en los jóvenes que empiezan á alternar en el mundo, creerse blanco de todas las miradas; y de tal manera se grabó esta idea en su mente, que huyó para siempre de aquella sociedad culta, que no era la suya, y en la que podrá fácilmente perderse un joven, mas rara vez encanallarse, para buscar la compañía de amigos de baja estofa, entre los que dominaba por sus riquezas y su rumbo, y por los cuales fué arrastrado poco á poco á toda clase de vicios y excesos.

Durante el primer curso, fué Miguel, gracias á estas amistades, un estudiante tronera de café; al terminar el segundo, era ya un perdido de taberna.

III.

Trabajo hubiera costado á la buena madre de Miguel reconocer á su cándido y sensible hijo, en aquel muchacho desgarrado, que con el sombrero echado atras, el chicote en la boca y la obscenidad en los lábios, sacudía el freno de la educacion y despreciaba el *qué dirán* del respeto, para llevar en la frente el *qué se me dá á mí* de la insolencia. Aquel muchacho que escandalizaba en su lenguaje y repugnaba en sus costumbres; que de los cafés había descendido á las tabernas, y que huyendo de toda especie de amistades cultas, iba á buscar el trato de toreros y chalanes, que llamaba franco y campechano... Mas no en balde había su pobre madre impulsado hácia el cielo los primeros latidos de aquel corazón que tanto amaba; y aunque podrido en la superficie, hallábase sano en el fondo, donde dormían, cual en el fango diamantes, sus primeros y puros sentimientos. Cuando arrastrado primero por sus amigos, y capitaneándolos despues, corría Miguel á encenegarse en los vicios, solía detenerse de repente, cual si su corazón recordase ecos lejanos; parecía entonces entrar en sí, y volviendo atras sus pasos, buscaba la soledad, donde derramaba sin conocerlas, esas amargas lágrimas que llora el espíritu cuando quiere y piensa no tener fuerzas para zafarse de los torpes lazos con que la materia le ata.

Se continuará.